

FEIJOO, HOY

En el primer tercio del siglo XVIII, el monje de Samos había realizado en el Colegio de San Vicente y en la Facultad de Teología de la Universidad de Oviedo una tarea de la que, en verdad, sabemos muy poco. Pero si aceptamos que, aunque el hombre evolucione lógicamente en sus ideas y en sus opiniones con el paso de los años, con el aumento de sus conocimientos y con el acrecentamiento de experiencias, es difícil que cambie sustancialmente su idiosincrasia, y sobre todo cuando ha traspasado ciertas fronteras cronológicas, no nos resultará imposible imaginarnos cómo sería aquel profesor universitario, atendiendo a lo que publica a partir de 1725. Cuando comienza su tarea de profesor, Feijoo tiene ya treinta y tres años. Explica las cátedras de Santo Tomás, Sagrada Escritura, Vísperas de Teología y Prima de Teología. De esta última se jubila en 1739, cuando tiene ya casi completo su *Teatro Crítico Universal*. Es impensable un Feijoo profesor que ponga en duda ante sus alumnos los dogmas de la ciencia que explica; pero quien poco después, o al mismo tiempo, está escribiendo lo que escribe contra la filosofía escolástica, contra Aristóteles y contra el principio de autoridad, no es posible que fuera en sus clases un mero y no convencido repetidor de ideas ajenas y de métodos para él caducados (1). Por eso creo que a Feijoo le interpretó muy bien Gerardo Zaragoza en la estatua que preside la plaza de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, y cuyo boceto, vaciado en bronce, ocupa un lugar de honor en el Centro de Estudios del Siglo XVIII. Yo la llamo «el pensativo» o, mejor, «el dubitativo». Si estudiamos el gesto que le imprimió Zaragoza (la cabeza baja, la barbilla apoyada en la mano derecha y en la izquierda un libro semicerrado, con un dedo entre sus páginas),

(1) Eladio de Novoa, en la *Oración fúnebre en las exequias que en 22 de enero de 1765 celebró el Real Monasterio de S. Julián de Samos a su hijo Fr. Benito Feijoo* (Salamanca, Antonio Villagordo, sin a.), pp. 15-16, dice: «En la Cátedra se hizo admirar Feijoo por la superior comprensión y claridad de entendimiento, por la solidez con que establecía las verdades, la ingenuidad con que, sin espíritu de Escuela particular, profería su dictamen, por la facilidad con que se expedía de las mayores dificultades, por la prodigiosa extensión de doctrina, por la concisión y propiedad de expresiones, siempre dignas de la sublimidad de la materia.»

advertiremos fácilmente que no quiso representar a un intelectual en actitud de meditar, sino al que duda sobre algo que acaba de leer y que no le convence, pero a lo que quiere encontrar explicación. Es el hombre perplejo ante la realidad o aquel a quien la realidad le impide asentir a lo que lee, no el que está buscando silogismos que le interpreten dialécticamente, y en virtud del principio de autoridad, los grandes problemas de la teología o de la metafísica.

En el retrato que Campomanes hace de Feijoo se estampan estas frases: «Era ameno y cortesano (...); era salado en la conversación, como lo acredita su afición a la poesía, sin salir de la decencia; esto le hacía agradable en la sociedad, además de su aspecto apacible, su estatura alta y bien dispuesta, y una facilidad de explicarse de palabra con la propiedad misma que por escrito» (2). Se advierte inmediatamente en estas frases que Feijoo era todo lo contrario del sabio despistado, o del monje ascético, o del confesor severo, o del catedrático orgulloso de su ciencia. No se puede ser ameno y cortesano, ni de conversación agradable y chistosa, ni grato en sociedad, si al mismo tiempo no se tienen otra serie de cualidades intelectuales, como la comprensión, la aceptación de las ideas u opiniones de los otros, un alto poder de observación (que encaja con la «vivacidad de los ojos» de que habla el mismo Campomanes) o un concepto socrático de la sabiduría. Cuidado, Campomanes no habla de un monje frívolo, sino de un monje intelectual, muy serio y hondamente religioso.

Por eso me imagino a Feijoo como el profesor que en sus explicaciones va dejando caer la duda sobre las teorías ajenas, va colocando esas terribles banderillas que son las preguntas sin respuesta coherente con el sistema, porque las posibles contestaciones vuelven atrás, como el *boomerang*, a destruir aquello de lo que arrancaron. Me lo imagino recorriendo los seiscientos metros que separaban a la Universidad de su convento, acompañado de los más fieles de sus alumnos, hablando y hablando de los problemas que le preocupaban en cada instante. Me lo imagino saliendo a pasear por el magnífico claustro de su colegio a la caza del primer fraile o novicio despistado, para abordarle con sus dudas y problemas, y hacer lo que hace todo buen profesor, esto es, dar forma, por medio de la comunicación, a los problemas que le bailan en la cabeza. Me lo imagino *epatando* a sus visitantes con ideas atrevidas, que él mismo va a ir perfilando después, a medida que se le oponen objeciones. Me lo imagino, al igual que en la estatua de Gerardo Zaragoza, como el hombre que duda sobre la realidad

(2) Pedro Rodríguez Campomanes: *Noticia de la Vida y Obras del M. I. y R. P. D. Fr. Benito Gerónimo Feijoo*, Incluida en la ed. de Madrid, Imprenta Real de la Gaceta, 1765, del tomo I del *Teatro Crítico Universal*, p. XI.

que tiene delante; pero que al mismo tiempo confía en sí mismo, en su poder de análisis, en su capacidad de síntesis.

Para honrar la memoria de aquel hombre se concreta el 26 de marzo de 1954 una idea surgida algunos años antes: la creación en la Universidad de Oviedo, a iniciativa del Ayuntamiento de la ciudad, de la cátedra del P. Feijoo. Si me equivoco, que me perdonen aquellos hombres de 1954 que la hicieron posible; pero tengo la impresión de que ninguno de ellos pensaba en este Feijoo que acabo de retratar, sino en la gloria local, que vistió hábito y tuvo fama internacional en su momento. Pero así son los caminos de la historia: abierto uno se puede llegar a metas o a resultados que ni siquiera se imaginaban. Permítanme que recuerde a mi maestro, don Ramón Menéndez Pidal. Después de haber descubierto dos autores en el *Poema de mio Cid*, mantuvimos un día una conversación sobre este tema: «Don Ramón, ¿por qué dos y no más autores?» «Don Ramón, ¿luego es válida la teoría de las cantilenas?» «Don Ramón, ¿luego el poema actual puede ser ciertamente de 1207?» «Don Ramón, ¿luego puede ser la obra de un autor culto que recoge diversos poemas y construye uno nuevo con la concreta intención de defender a una clase?» Y don Ramón, aunque buscaba argumentos en contra, siempre apostillaba: «Todo podría ser». ¿A dónde hubiera llegado él si la teoría de los dos autores la descubre cuarenta años antes? Por lo pronto aquella importante conversación, cargada por mi parte de dudas y problemas, y por la suya acaso de más problemas y de más dudas que el tiempo no le dejó transformar en alguna revolucionaria teoría, fue para mí decisiva. En definitiva, algo así como el *boomerang* que se vuelve contra el que lo lanza; pero el maestro sabe muy bien los efectos que se pueden producir, y por eso se atreve a lanzarlo, aunque no vea claras las consecuencias finales. Sólo que hay un momento en el que Feijoo empieza a poner por escrito el resultado de su docencia socrática, de su constante conversar con los otros.

* * *

Durante varios años, la Cátedra Feijoo se dedicó a ofrecer algunas conferencias, a las que cada vez asistía menos público, aunque el conferenciante fuera muy ilustre y de muchas campanillas. Cuando en 1965 recogí esta herencia, pesaba además sobre el nuevo director un acuerdo de la sesión final del *I Simposio sobre el P. Feijoo y su siglo*, celebrado en 1964, con motivo del segundo centenario de la muerte del P. Maestro. Decía así tal acuerdo: «Hacer resaltar la actualidad y fecundidad del pensamiento del P. Feijoo, lo que le erige en maestro de las ac-

tuales generaciones, después de haberlo sido de las del siglo XVIII. Como consecuencia de ello, se cree en la conveniencia de institucionalizar estas reuniones, en torno a la Cátedra Feijoo, creada en esta Universidad por el Excelentísimo Ayuntamiento de Oviedo, ya que el Simposio ha demostrado la riqueza de posibilidades que estos estudios feijonianos ofrecen. En relación con esta sugerencia se ha pedido la creación en Oviedo de una "Biblioteca Feijoniana", adscrito a la Cátedra Feijoo, en la que se llegue a reunir todo el material de trabajo necesario para estudios de investigación de todo orden, no sólo sobre el P. Feijoo, sino sobre el siglo.»

EL «CENTRO DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII»

En el acuerdo de 1964 hay varias ideas que quiero comentar, empezando por las palabras finales. Crear la *Biblioteca Feijoniana* exigía darle una forma, si se pensaba sobre todo en algo eficaz y no en una mera colección de libros. El primer intento, en 1966, encontró diversas dificultades legales; pero a la larga fue muy beneficioso que fracasara. Ganadas mis oposiciones a la cátedra universitaria a finales de aquel año y reintegrado a Oviedo a principios de 1968, sin haber dejado de ser director de la Cátedra Feijoo, empecé a ver la posibilidad de organizar una especie de seminario de investigación. Comencé con un licenciado y una alumna de quinto curso, muy en precario, porque nada teníamos entonces, y menos que nada dinero. En 1969 el Seminario se amplió con otro estudiante. Empezamos a pensar que teníamos una misión que cumplir: el vaciado completo de toda la prensa del siglo XVIII. La Fundación March nos ayudó entonces con una beca concedida precisamente a aquella alumna de 1968, beca que le permitió un serio conocimiento de la prensa dieciochesca, base de su posterior tesis doctoral.

Al año siguiente la idea empezó a cuajar: crearíamos un Centro de Estudios del siglo XVIII, con un amplio programa de trabajo, puesto al servicio de los demás. Se compraron entonces los primeros libros del Centro, con fondos de mi Cátedra, y puse al servicio de lo que se trabajaba mi amplia colección de microfilmes. Y nos lanzamos al abismo, sin saber si al mes siguiente podríamos pagar los importes de las becas o gratificaciones que se daban a los que formaban ya parte del equipo investigador del Centro. En enero de 1972 comenzó la existencia legal de nuestra institución, se impulsó decididamente la formación de la Biblioteca, se determinó, después de amplio estudio, el